

RESEÑAS

MONROY HUITRÓN, GUADALUPE.

Política educativa de la Revolución. México: Secretaría de Educación Pública, 1975 (Colección Sepsetentas, No. 203), 175 pp.

Este es un estudio más que la colección Sepsetentas recoge, en su afán de divulgar investigaciones, ensayos y trabajos que siendo de interés, poco o ningún respaldo han recibido de parte de las casas editoras de tipo lucrativo.

El trabajo de Guadalupe Monroy presenta un recorrido muy rápido por la historia del México revolucionario, visto a través de sus pasos más sobresalientes en el campo educativo.

Destaca Guadalupe Monroy desde el inicio de su obra el propósito afianzador de la educación y su esencia como reflejo del sistema, al señalar que “a través de todos los tiempos, las finalidades de los grupos dominantes en todos los países han ido determinando los cambios de los diversos tipos de enseñanza. Es decir, que la educación es una manifestación de un estilo de vida en una época determinada” (p. 7). No entra, sin embargo, al análisis profundo del gran contenido ideológico del ejercicio educativo y la utilización clasista de la escuela por parte de los grupos dominantes. Su trabajo es, fundanientahmente, un estudio de carácter histórico. La intención es descriptiva. Reseña los hechos que destacan en la actividad educativa de los gobiernos posrevolucionarios hasta Lázaro Cárdenas. El trabajo se complementa con un paquete interesante de documentos generalmente poco accesibles, fuente original para que los interesados conozcan causas, razones y fundanientación de las decisiones tomadas en distintos momentos de la historia nacional, que afectaron de alguna manera el desarrollo educativo, pero no solamente eso, sino que también afectaron las relaciones sociales y las relaciones de producción en el país. Por ello la importancia de que se hubiese tratado de manera analítica el proceso histórico y sus repercusiones, para que no se quedase en un frío señalamiento de momentos, yuxtapuestos, a lo largo de treinta años de gobierno.

Menciona, como punto de partida, algunos datos sobresalientes de la política educativa del régimen porfirista, fundamentalmente la obra del maestro Justo Sierra al frente del Ministerio de Educación; la creación e impulso a la preparación de docentes y la restauración de la Universidad de México con una nueva orientación y un desconocimiento definitivo del positivismo.

Pasa rápidamente por los años de la lucha armada, haciendo mención de las banderas educativas esgrimidas por los diferentes grupos, confluyendo en el reclamo del “derecho a cultivarse” y su cristalización legal en el artículo 3o. de la Constitución del 17.

Señala el libro el empuje que recibió la educación en la administración de Alvaro Obregón, al restaurar la Secretaría de Educación Pública, así como la obra educativa de Vasconcelos, a quien la autora otorga un reconocimiento: “Al frente de la institución (la Secretaría de Educación Pública), Obregón coloca a José Vasconcelos, en plena energía y con auténtico deseo de que el pueblo se eduque; éste reconoce la necesidad de reformar todo el sistema de enseñanza en su contenido y calidad. . . “ (p. 19). Reconoce además lo que de verdad fue uno de los aciertos educativos de Vasconcelos, “su afán decidido de diseminar la cultura entre los olvidados” (p. 23).

Otro momento, quizá el más destacado y decidido de la época contemplada en el trabajo, es el que encabeza Narciso Bassols al frente de la Secretaría de Educación. Ministro controvertido cuya obra fue censurada, impugnada y anatematizado por las clases privilegiadas y los grupos más conservadores, quienes obligaron a Bassols a dimitir a través de un valioso documento histórico: “Crisis de la Educación Pública en México. Orígenes y Consecuencias”, comunicado dirigido al entonces presidente Abelardo L. Rodríguez, el 9 de mayo de 1934; documento anexado al estudio que nos ocupa.

Surge después el periodo de la educación socialista, proclamada en la Constitución mediante la aprobación en la Legislatura de una reforma a los artículos 3o. y 73. En ese momento era presidente aún Abelardo Rodríguez, aunque fue a Cárdenas a quien le tocó echar a andar dicha reforma.

Sutilmente se exculpa al clero de la reacción y protesta levantadas en el país por la aprobación de una educación de carácter socialista. Considera la autora que fue el sentir popular quien renegó de la decisión tomada en el Congreso, aunque sí explica las dificultades a las que se enfrentó la implementación de tal reforma.

Con Cárdenas termina la descripción. Prosigue la obra con los documentos recopilados, que le dan realce al trabajo.

ROBERTO ARIZMENDI RODRIGUEZ.